

# LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES ANTE LA LEY DE ORDENACION DE LA UNIVERSIDAD

Por CARLOS M.<sup>a</sup> R. DE VALCARCEL

**L**A Universidad anduvo siempre muy trabada a nuestra grandezas y desdichas; sin ella no entenderíamos lo que fuimos y ambicionamos, ni conoceríamos las razones de España ni el sentido que tuvo y ha de tener en el futuro.

La Universidad orientaba al Estado a la par de servirle como instrumento técnico y preparaba al pueblo para el cumplimiento católico de su destino. La historia aventurera y militar de la España que fué, sería inexplicable si las hazañas no respondieran a la inacabada construcción de la Teología, la Política y el Derecho de nuestros clásicos universitarios. Tanta voluntad, sabiduría y sentido de una misión ordenada a cumplir, se concretaron en las ejemplares instituciones españolas que, aunque duerman hoy en el polvo de los archivos, bastaron para mantener largos siglos el Imperio, legar al mundo veinte Estados y conservar entre nosotros la dignidad y substantividad españolas.

La Universidad servía de médula a una ambiciosa política para España, precediendo a veces su actuación a la misma espada de los capitanes. Cisneros la hizo pilar de su política en tanto sentaba el modelo de las modernas ciudades universitarias. No es, pues extraño que usara toda clase de privilegios y que gozara de una jurisdicción propia indispensable a su funcionamiento. Tampoco que las empresas del Estado se sometie-

ran al juicio de los universitarios y que Carlos I pidiera a Vitoria su consejo, aunque censurara públicamente sus doctrinas.

Sin la madurez científica que alcanzara Castilla a finales del xv no hubiera sido posible la primacía política de España, y sin el dominio de la cartografía y de las ciencias náuticas no se hubieran cumplido los viajes transoceánicos. El preámbulo de las Capitulaciones de Santa Fe y «la carta» de Juan de la Cosa abren el periplo de nuestro poema con las rutas de Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y Alonso de Ercilla. Con los guiones guerreros van las raíces de nuestra cultura, y pronto las Universidades de Méjico y San Marcos de Lima, por ejemplo, alcanzan los privilegios máximos y sus títulos igual validez que los de Alcalá y Salamanca. El Imperio decae cuando la vida de nuestros grandes hombres no se explica con la guerra o con la Universidad y cuando la Escuela de Mercantes de Sevilla deja de sacar a la palestra premios «internacionales» por la solución de problemas de navegación, comenzando a ceder ante Amsterdam la primacía científica que más tarde recogieran los ingleses.

Baste este ligero recuerdo para señalar cómo la Universidad española obedeció a la política del Imperio como pieza fundamental del mismo. Envejecida y pobre, se renueva afrancesándose y dejando de ser «el ayuntamiento de profesores y discípulos...» de que hablara el Rey Sabio. Los cánones racionalistas le fueron arrancando sus fibras naturales, deshumanizándola con su «humanismo», injerto tras injerto, porque no aconsejaba la moda remozar la vieja savia de su carácter. Últimamente, salvo algún que otro destello, cual, por ejemplo, la creación de la Cátedra de Derecho comparado—hoy no existe— a mediados del xix, el «San Carlos» de principios del actual, el paso por la cátedra de un Menéndez Pelayo o de un Cajal, etc., la Universidad se viene limitando como simple organismo oficial, ajeno en absoluto a la vida y problemas del estudiante, a administrar malamente los estudios y a expedir títulos—previo el pago correspondiente—que garantizan el ejercicio legal de

una profesión que generalmente se desconoce. No funciona como Institución ni como órgano, sino como Centro docente liberal-individualista; no cumple ninguno de sus fines ni sirve para orientar y elevar la cultura del pueblo, ni para hacer profesionales, ni formar científicos, si salvamos la estoica labor de algunas cátedras que se vienen dedicando a la preparación de especialistas. La Universidad, prácticamente, sigue siendo el motivo para que la clase burguesa gaste licitamente los mejores años de su juventud. Después, el sistema de oposiciones se encarga de castrar espiritualmente lo mejor de las generaciones universitarias. Otros muchos jóvenes, aun con el cascarón universitario, acostumbran a ofrecerse de peones o a venderse a una poderosa influencia política, que es la salida corrientemente empleada. Nosotros, como todo aquel que con dignidad quiera ser algo serio, partimos de la roca viva, disciplinamos la voluntad y templamos bien el músculo para poder seguir firme y altaneramente el único camino recto que tienen las cosas.

La extrema debilidad del Estado, la miseria presupuestaria, la falta de una política, o, lo que es igual, la falta de una Universidad, hicieron de la concurrencia al edificio universitario un mentidero y campo de cultivo para todas las políticas, aprovechando la edad en que aún no pesa la personalidad y en que se obra radicalmente por asimilación. La señalada incapacidad de la Universidad fué hábil, aunque parcialmente suplantada, por la llamada Institución Libre de Enseñanza, la cual disfranzaba su actuación cancerosa con el prestigio de sabios noveles y la loable actuación externa de sus diversas ramificaciones, apoyadas en la exigua parte sana del presupuesto de Instrucción Pública, en tanto que sus preciosos ensayos científicos nos costaban trozos del alma española, con la que tan escéptica y utilitariamente comerciaban.

Salimos de los Institutos en la más elemental formación, pero hartos de novelas pornográficas y de literatura rusa, alternada, en el mejor de los casos, con las obras cumbres del romanticismo francés y con ediciones baratas de la filosofía pe-

simista: Schopenhauer y Nietzsche especialmente. La calle y la realidad nos confiaban su brutal materialismo; la intensa propaganda cinematográfica y literaria de postguerra, las conversaciones con ex combatientes y el hambre que padecía Europa, nos hicieron odiar a la guerra y nos convencieron de la necesidad de una revolución. Conocimos entonces las publicaciones marxistas y anarquistas que comenzaban a inundar las librerías y puestos de periódicos, nos hicimos amigos de los obreros y consideramos nuestros sus propios problemas. Participábamos en todas las algaradas políticas y recibimos las primeras lecciones de la fuerza pública, guardando gran estima a los trofeos alcanzados, consistentes, a veces, en emblemas y escudos arrancados a los uniformes de los guardias.

El fracaso rotundo de la revolución del 14 de abril nos descubrió a los estudiantes como marionetas de tan baja política, extraña a nuestro ser, bajo los dictados de la Federación Universitaria Escolar. Tanto la Universidad como el Estado no tenían otra solución que seguir, con los conceptos caducos de «derechas» o «izquierdas», por la pendiente del proceso disgregador hasta el desgaste de las débiles fuerzas que a ello se oponían y la madurez de las acaudilladas por la Tercera Internacional. La Constitución de la República, última de la serie, arrastraba el mismo lastre de las alemana y checoslovaca, con algún que otro ensayito a lo vienés o yanqui, y sin otra misión que franquear el paso al marxismo tras sostener en el Poder, gracias a su técnica, sobre el equilibrio de los llamados extremismos, a las diversas alianzas burguesas. La inexistencia de un principio nacional integrador en aquel régimen de particularización de intereses y acrecentamiento de egoísmos pugnando en la plaza pública, hicieron imposible la amenaza de una dictadura democrática como única salida lógica, hasta que el viraje de las elecciones del 33 ventilara la situación acelerando el hundimiento de España.

El ambiente de las galerías universitarias no albergaba ideas claras: enrarecido desde tiempo atrás por los discípulos de don

Francisco Giner, «el maestro», estaba demasiado enturbiado cuando los conceptos de Fe y de Patria llegaron a carecer de valor entre los secuaces de la nueva generación. Sin una política, fué imposible al Derecho y a la Ética neokantiana contener el desbordamiento de humanismo anárquico que encerraban sus doctrinas. El pánico ante el futuro cierto de un Estado proletario acrecentaba los estudios socialdemócratas a fin de conseguir una reforma que hiciera viable el socialismo y diera un contenido económico a la democracia. Las olas del materialismo capitalista y del materialismo judío aplastaban al espíritu. Las bibliotecas nos proporcionaban los últimos y pesadísimos ensayos teóricos de la crisis marxista en tanto estrechaban el cerco al Fascismo y al Nacional-socialismo. Siempre sobrabán bellos argumentos para justificar, con toda clase de garantías jurídicas, la desintegración política y la pérdida del inmenso tesoro moral de nuestra Patria. El internacionalismo ginebrino acabó franqueando descaradamente sus puertas, tras mostrar la falta de realidad y la ineficacia de cuantos principios lo alimentaban. Las desastrosas experiencias del capitalismo, del Estado ruso, los ensayos económicos de los yanquis y los proyectos estatales de Economía planeada, eran ávidamente estudiados por nosotros para encontrar en la dolorosa transformación del capitalismo, amenazante sobre todo Occidente, la coyuntura de la Revolución española.

Las organizaciones obreras habían penetrado en los claustros universitarios por medio de las cotizaciones de socorro, estableciendo relación con los estudiantes. Algunos se decidieron abiertamente por el partido comunista o por las Juventudes socialistas; otros frecuentaban los locales de los sindicalistas; una minoría, tal vez por su lejana formación católica, se mantuvo apartada. Los políticos dejaron de preocuparnos, y frente a la calle, España no anunciaba una revolución, sino su caótica desaparición. El día que los partidos obreros llegaran a fundir sus banderas en una unificación o llegara a tener realidad el «frente único», el Estado hubiera sido suyo. Mas al conocerlos nos convencimos de que esto era imposible por el infranqueable abismo que

separaba las dos tendencias fundamentales del obrero español, repartido entre la revolución sindical y la reacción marxista. Aparte el aburguesamiento del partido socialista, el fracaso del P. O. U. M., la actuación de la F. A. I. y la corrupción de la C. N. T., incapaz por su base anárquica para afrontar la más mínima tarea de Estado, rebelde a salir de los pobres límites de su mentalidad, perdidas sus inmensas fuerzas en una actuación demagógicamente negativa, eran síntomas alarmantes. ¿Qué organización o qué fuerza existía en España capaz de combatir el medro y el empuje de la III Internacional? Ninguna. Nosotros, jóvenes sin ideario, desorganizados, expectantes, sólo podíamos llevar al porvenir nuestro amargo y desesperado escepticismo, en tanto el mayor grupo de estudiantes seguía otra actitud materialista, cómoda y cobarde, sin peso alguno en la vida pública y sin otra misión que auxiliar mítines y elecciones en los lugares céntricos. Otros huyeron, reclusándose cual minoría selecta en el éter de la Cátedra de don José, buseando al problema soluciones intelectuales de tipo ontológicopatriótico. Jóvenes selectos de mentalidad afrancesada volvieron a citar tardíamente a De Maistre. Sólo una exigua minoría de estudiantes tradicionalistas se mantenía inquebrantable y gallardamente apegada a la pureza de su doctrina y de su fe. Sin otro ideal que el del placer, la juventud estaba ya preparada para presenciar impávida el hundimiento de España. Nuestros padres no sabían nada de esto; tal vez creyeran menos que nosotros, pero a veces se sentían optimistas.

La intensidad creciente de la propaganda del Komintern hizo cambiar pronto los viejos mitos ochocentistas de reacción y revolución, motivo de nuestras primeras enconadas y divertidas discordias, por otro concepto aún sin definir: el de la Patria. Desde que inició su actuación en Madrid el Bloque Estudiantil de Oposición Revolucionaria (B. E. O. R.), constituido en el local de los estudiantes hispanoamericanos de la calle de la Magdalena, o lo que es igual, la F. U. E., apareció entregada a la III Internacional, las galerías del caserón de San Bernardo

y de San Carlos se vieron de vez en cuando manchadas de sangre. La F. U. E. acrecentaba su poderío, conseguía cada vez más decidido apoyo oficial, cuidábase de crear diariamente intereses y de alimentar los creados, pero no obstante iba perdiendo la mayoría de sus mejores elementos, que tachados de traidores por sus viejos camaradas, se disponían al combate en busca de una nueva fe.

Las J. O. N. S. abrían ya en la calle con sus consignas una nueva mística bajo la bandera roja y negra del yugo y las flechas, pero aún no había conseguido cuadros de combate que se encararan al B. E. O. R. Grupos dirigidos por los estudiantes de la A. E. T. y por el espíritu caballeroso de los Miralles sostuvieron una admirable y desesperada lucha.

Este era el panorama universitario y esto prometía la juventud española cuando aparece una tarde de otoño quien había de darnos la nueva fe del amor desesperado a la España que queremos, de dictarnos la verdad política de nuestra Revolución, de dirigirnos convencidos fanáticamente por su propia conducta, lanzándonos tras él a la empresa que desde aquella mañana estamos viviendo. José Antonio, enseñando el firme equilibrio creador y jerárquico de la única Revolución española posible, en tres años solamente de actuación había de levantar desde sus propias raíces hasta los cielos, a esta España que ni filósofos, formas del Estado, sistemas de Gobierno, políticos ni catedráticos habían conseguido perturbar en su mortal letargo a pesar de los cataclismos transcurridos.

El S. E. U. nace con la Falange para la Universidad. Al través de este Sindicato, el primero de la Falange, José Antonio nos había de devolver el templo de la sangre vieja y prepararnos para la conquista guerrera y política de España. Desde aquel 29 de octubre otra vez tiene la Patria una Universidad: la nuestra; la que existe allí donde hay pueblo, creándole la necesidad y el entusiasmo por la cultura, la que pelea en todos los combates y sirve, además, a España, llevándose al pueblo por la Ciencia, al servicio de una política del Imperio. De esta mane-

ra el S. E. U. dió a la Universidad una política que entonces rechazó y que ya hemos conquistado.

En el mitin celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933, José Antonio habló y expuso con claridad meridiana y palabra de vidente los nuevos modos, el estilo duro y austero que había de oponer al Estado liberal caduco y a la tiranía roja amenazante. La juventud que en aquella fecha histórica fué la que sintió en toda su intensidad aquella llamada del clarín de guerra para empezar la reconquista de España, y más concretamente la juventud universitaria, fué la que vió plasmada en un estilo todas sus ansias revolucionarias, hasta entonces gastadas en la lucha estéril de un partido político contra otro; José Antonio encauzó con su palabra ese día todo el ímpetu que despertó en esa juventud hacia una España Imperial.

De un puñado de estudiantes que oyó en aquella ocasión a José Antonio, nació el Sindicato Español Universitario. Pocos días después, aquel grupo fundador de camaradas, el 21 de noviembre de 1933, presentaba los Estatutos del Sindicato en la Dirección General de Seguridad, los cuales fueron aprobados. Esta fué la creación del S. E. U. Los estudiantes fuimos, para timbre de gloria de la Universidad española, los primeros en comprender y seguir la palabra y los órdenes del Ausente.

Veis, camaradas, que el S. E. U. inició sus tareas sin otra literatura que la palabra de José Antonio. Su actividad ha sido, desde entonces, masculina y varia, encaminada al cumplimiento de sus diversos fines profesionales y políticos por medio de la fe en nuestro destino, el amor a la Patria, el trabajo, un sentido de la justicia y la acción sindical violenta. Pocos días después de aparecido nuestro Sindicato enseñamos a respetar el nombre de España a unos y otros.

Antes de poder atender a nuestros fines de carácter profesional, hubimos de abrirnos con la Falange brecha política en la calle y conquistarnos en la vida pública un puesto de honor, haciéndonos temer por nuestros razonamientos y por la rectitud y



eficacia de nuestra conducta. La actuación del S. E. U. en la lucha política violenta que la Falange entabló con los partidos y organizaciones políticas, fué su deber esencial, porque en los primeros momentos los universitarios fuimos la base de la Falange. Posteriormente, cuando ésta se ampliaba con elementos de las clases media, artesana y obrera, fuimos el grupo de la más rigurosa vanguardia y ocupamos los puestos de máximo peligro. El S. E. U. guarda desde aquellos días la gloria de haber gozado de la confianza del Jefe, el cual se mostró siempre con nosotros más exigente que con cualquiera otra de las organizaciones de la Falange. El grupo del S. E. U. contribuyó periódicamente a las milicias, dando un contingente de hombres que por su edad y condiciones efectuaron una labor inmejorable conjuntamente con sus hermanos de ideas y de acción: los obreros. Aquí no vamos a hacer mención en absoluto de los servicios prestados por los afiliados al Sindicato, ni incluso ordenados por las jerarquías del mismo, ya que nosotros hemos demostrado continuamente ser los más fieles guardadores de la Falange, interviniendo abiertamente en todos los momentos difíciles de su vida y siguiéndola ejemplarmente en todas las acciones, actitudes y combates por ella ordenados. Sin los estudiantes no puede comprenderse la Revolución nacionalsindicalista, y nosotros hemos ocupado, para memoria de la Patria y de la Universidad, los puestos más ardientes del Movimiento y de la guerra.

El S. E. U., aparte del servicio de propaganda que se le encomendara, se propuso conseguir brevemente su primer objetivo, consistente en el dominio pleno de la Universidad. Para ello había de aplastar a la F. U. E., que era la organización estudiantil más potente por su gran número de afiliados, por el apoyo oficial republicano-marxista y por los instrumentos de propaganda y de lucha que ponían a su alcance los partidos y organizaciones proletarias:

El S. E. U. se lanzó a la calle con la venta del semanario de Falange «F. E.». Esto constituía la seguridad absoluta del choque violento, porque en la calle mandaban ellos y no queda-

ba sitio para nosotros. Teníamos que hacernos entender muy a nuestro favor, y a ella nos lanzamos con el semanario bajo el brazo izquierdo y la mano derecha en el bolsillo del pantalón. No dejamos sobre el solar de la Patria, gran avenida ni rincón callejero sin saber de nuestras alegres y dolorosas cuitas. Pronto comenzaron a caer heridos y a llover encarcelamientos, con lo que nuestro entusiasmo se acrecentó más de lo esperado al enfrentarse con la verdad real, y la selección entre nosotros se produjo de una manera espontánea y natural.

Así, José Antonio inicia el Movimiento con el arma de los estudiantes que le seguíamos, en las esquinas y en las galerías de los edificios universitarios. Su ideal se había apoderado tan fuertemente de nosotros que en una corta temporada nos descubrimos espirituales, valientes y disciplinados; ya no negábamos, sino afirmábamos rotundamente, gracias al duro edificio moral que levantaba nuestra conciencia tras la tremenda revolución conceptual que atravesábamos. Hasta tal punto nos abrazamos a la nueva fe, que no encontramos obstáculo en seguir el rumbo de la discordia planteada entre quienes siempre habíamos afrontado juntos la fuerza pública un día no lejano, guardándonos el cariño que proporcionan las alegrías y desengaños compartidos, declarando la lucha a muerte y abriendo un cisma entre compañeros, que sólo las balas podían solucionar. Supimos del dolor y de la suprema exquisitez de la Falange, pero no pudimos sospechar que en tan corto espacio de tiempo nuestra inmensa tragedia fuera la de toda España. Salvo naturales excepciones individuales, y a última hora colectivas, entre los estudiantes, han sido los de Medicina quienes más se han destacado por su valentía al través de las luchas políticas internas acaecidas en los últimos tiempos. El local que la Federación Universitaria Escolar tenía en la Facultad de Medicina de Madrid, servíales de principal baluarte y era la defensa más firme del comunismo universitario. Contra esta organización dirigimos nuestra atención y nuestra energía cuando camaradas del S. E. U. habían ofrecido ya sobre las páginas de la historia de

la Universidad española la primera sangre por la liberación de España. El 25 de enero de 1934—tres meses escasos después de nacida la Falange—conquista el S. E. U. el referido local de la F. U. E. de Medicina, tomándolo por asalto tras vencer a los secuaces de la hasta entonces poderosa organización, pese al monopolio oficial. Pronto comienza en toda España, principalmente en los sitios donde existen grandes núcleos de afiliados a la Federación Universitaria Escolar, cual Valladolid, Zaragoza, Sevilla y Valencia, una serie repetida de ataques y colisiones, logrando el aniquilamiento de la misma y el dominio político de las masas universitarias por el S. E. U.

Sería interminable la relación de datos y escenas a que dió lugar esta primera etapa de nuestra lucha, tan infielmente recogida por las autoridades académicas y por la Prensa capitalista. Durante esta primera tirada de nuestra semilla quedó bien claro, combatiendo a todo lo podrido y venenoso, que luchábamos por una Revolución completa de los hombres y de las cosas. A pesar de nuestra escasa propaganda y de la forma criminal en que por ambos bandos se tergiversaba y desvirtuaba nuestra actuación, demostramos servir la alta y hermosa Revolución de la Falange con española entereza. Es decir, dispuestos siempre a toda dialéctica: frente a los que nos creyeron gente espiritualmente amputadas que, animadas por vengativa revancha, pretendieran la rápida implantación del llamado estado reaccionario, valiéndonos de procedimientos revolucionarios, y contra quienes nos motejaron calumniosamente como «fuerza de choque del capitalismo», cual una F. A. I. de derechas. ¡Qué más quisieran! Cara al destino, la España sensual y desarticulada cruzaba los destellos de su salvación en el cerebro de José Antonio y remozaba su vieja tradición en los glóbulos sin cohabitación de nuestra sangre. Guardábamos íntimamente entre apretada camaradería el encadenado discurrir de acontecimientos diariamente nuevos.

De la etapa de la guerra más vale no hablar, por cuanto que ya es conocida de todos la aportación del S. E. U. a las órdenes

del Caudillo: puede y debo decirse que nuestro Sindicato ha sido la clave del secreto de aquellos Jefes de Centurias de los primeros días y de los Alféreces provisionales, con los que el Caudillo aseguró las líneas y forjó la base de sus ejércitos. El S. E. U., a las órdenes de la Falange, preparó, templó y dirigió a una juventud, a una resuelta minoría, que había de arrastrar a toda la juventud española a la más loca y más grande epopeya de la Historia de nuestra Patria. Caídos en la tierra, en el aire y en el mar, con el blasón del cisne en el alma, claman y clamarán hasta la resurrección por la gloria eterna de España.

Quizá nosotros, educados en la dura escuela por la que ha pasado nuestra generación, no hayamos sabido hasta ahora lo que era salir del descontento diario. Tal vez porque el descontento y la rebeldía sean siempre los primeros pasos en el progreso de los hombres y de las ideas, cuando la rebeldía y el descontento se hallan sustentadas en verdades morales tan sólidas como las nuestras. Pero hoy, ante el hecho real de tener en nuestras manos la nueva Ley, que, acertadamente, se llama de Ordenación de la Universidad Española, hemos de declarar la satisfacción con que recibimos el espaldarazo de la mayoría de edad que para el S. E. U. supone su promulgación. Diez años de lucha sin descanso, cubriendo una etapa tras otra, dejándonos en el camino la yerta sonrisa de nuestros mejores camaradas, muertos en el supremo servicio de la Patria, tienen ya una justificación gozosa y cierta.

Porque esta Ley representa para el S. E. U. la concesión de unos objetivos generosos y amplios que abren horizontes esperanzados a nuestra actuación incansable. Sería largo y prolijo especificar una por una las metas cubiertas en la nueva disposición: queremos destacar solamente, por su importancia política, la que se refiere a la sindicación obligatoria de todos los universitarios.

En abril de 1934, Julio Ruiz de Alda, con perfil cesáreo y voz profética, nos ordenó la conquista de la Universidad; poco después, en un mensaje del primer Jefe nacional del Sindicato

Español Universitario, Alejandro Salazar, se dice: «Si queremos obtener el reconocimiento de nuestros derechos, habremos alcanzado nuestro mayor triunfo consiguiendo la sindicación obligatoria y única que nos otorgue la representación claustral de todos los estudiantes españoles; necesitamos una reforma legal y justa de la enseñanza; necesitamos que la clase estudiantil sea, dentro de su esfera peculiar, la asesora para sus actuaciones. Pues bien, todo esto no podremos lograrlo en fracciones, pues la desunión consigue solamente que nos destruyamos, que nuestra voz no tenga fuerza, que nuestras peticiones no nos sean oídas.»

Nosotros, que creemos que para que España pueda realizar su destino histórico ha de reafirmar las raíces del espíritu en la tierra nutricia de su cultura secular e inmarcesible, estimamos que esta tarea no puede ser para unos pocos, ni hay razón que justifique la exclusión de los que están dispuestos al servicio. Por ello el S. E. U. hace hincapié y consigue al fin la sindicación de todos los universitarios españoles: para que nadie de los llamados a participar en la noble misión de levantar a España por los caminos del cumplimiento de su quehacer histórico, pudiera alegar nunca que se le cerraron las puertas y le fué negado un puesto en la primera fila, supuesta, claro es, que las primeras son las que combaten. No es que queramos —entiéndase bien y pierdan crédito las afirmaciones que en este sentido habrán hecho los que nos temen— imponer a nadie la profesión de una fe política como quien impone a todos el uso de una misma prenda. Con la sindicación que ahora va a ponerse en práctica, como obligatoria, el S. E. U. ha querido llevar a la realidad un postulado fundamental de la Doctrina Falangista, tan fecunda en realidades y desvirtuada ciertamente con tantas y tan originales interpretaciones malévolas. Y este postulado no es otro que el llamamiento a todos para participar en la suprema tarea colectiva del servicio. Se hace uso de la tiranía cuando se percibe en derredor un peligro que se suma a la propia debilidad interna. Pero a nosotros nos hizo

tan seguros de su verdad la Falange, cuando nos acogió en su seno, que ahora, al invitar a los indiferentes a que salgan de su apatía y vengan a nosotros para sentir la dulce emoción de lo difícil, lo hacemos cordialmente, sinceramente, con esa amplia generosidad que anula toda reserva y que siempre ha sido el mejor lenguaje entre los jóvenes.

Todos juntos, en una apretada comunidad, disciplinada y sólida, dinámica y eficiente, haremos que la Universidad cobre un prestigio del que casi siempre ha carecido y daremos a España el mejor instrumento para hacer realidad el resurgimiento por el que cayeron tantos españoles.